



## El nuevo marco geopolítico de Oriente Medio

Elvira Sánchez Mateos <sup>1</sup>

Recibido: 20-12-2017 / Aceptado: 19-10-2018

**Resumen.** El Acuerdo Sykes-Picot estructuró el Oriente Medio resultante de la descomposición del Imperio otomano según los intereses de las potencias europeas de la época. Este diseño extrarregional se vio alterado a partir de 1945 por la emergencia de la Guerra Fría, polarizando la región. Tras la era bipolar, la creciente securización de los asuntos internacionales tras el 11-S y el estallido de conflictos violentos en la región han relanzado el análisis geopolítico de Oriente Medio y enfatizado su carácter de “área gris”. La situación ha sido instrumentalizada por algunos actores regionales que compiten por la hegemonía y también por las grandes potencias. Se está gestando un nuevo mapa geopolítico que transformará Oriente Medio en las próximas décadas.

**Palabras clave:** geopolítica; orden regional; potencias; Oriente Medio.

### [en] The new geopolitical framework of the Middle East

**Abstract.** The Sykes-Picot Agreement structured the Middle East resulting from the decomposition of the Ottoman Empire according to the interests of the European powers of the time. This extra-regional design was altered from 1945 on by the emergence of the Cold War, polarizing the region. Following the end of the bipolar era, the growing securitization of international politics after 9/11 and the outbreak of violent conflicts in the region have relaunching the geopolitical analysis of the Middle East and emphasized its "gray area" character. The situation has been instrumented by some regional actors and also by great powers that compete for hegemony. A new geopolitical map is being developed that may transform the Middle East in the coming decades.

**Keywords:** geopolitics; regional order; powers; Oriente Medio.

**Cómo citar:** Sánchez Mateos, E. (2018): “El nuevo marco geopolítico de Oriente Medio”, *Política y Sociedad*, 55(3), pp. 673-692.

**Sumario.** 1. Introducción. 2. El diseño geopolítico de Oriente Medio antes de la Primera Guerra Mundial. 3. El interregno de la Guerra Fría. 4. Oriente Medio tras el 11-S y las Primaveras Árabes. 5. Conclusiones. 6. Bibliografía.

**Agradecimientos.** Este trabajo desarrolla la ponencia presentada en el Seminario “Intereses energéticos y conformación de fronteras en Oriente Medio” realizado en junio de 2017 en el marco del proyecto de investigación I+D+i “La dimensión internacional de las transformaciones políticas en el mundo árabe” (CSO2014-52998-C3-3-P).

<sup>1</sup> Universitat de Barcelona (España).  
E-mail: [esanchezmat@ub.edu](mailto:esanchezmat@ub.edu)

## 1. Introducción

Oriente Medio es una idea europea-occidental contemporánea (Özalp, 2011) que hace su aparición en el siglo XX y responde a la concepción política de los países que durante varias décadas dominaron el área. Es un término que ha tenido diversas concreciones político-geográficas, y sus fronteras políticas parecen encogerse o extenderse según la evolución de la política internacional. En su concepción más actual es un área que, desde el punto de vista geográfico, se corresponde, en buena medida, con la zona que se proyecta hacia el mar desde los desiertos centroasiáticos y las cadenas montañosas que dividen Asia verticalmente. Sus límites poco definidos incluyen por tanto áreas que pertenecieron al Imperio otomano y Persia, y se alarga desde el Mediterráneo oriental hasta los límites orientales de Irán y desde los mares Negro y Caspio hasta el golfo Pérsico.

El carácter cambiante de la zona se debe a varios factores. Entre ellos, sus propios rasgos geográficos (físicos y humanos) adquieren una importancia trascendental. Es un área de clima extremo, con cadenas montañosas que delimitan amplios espacios desérticos, con escasas partes cultivables —el Creciente Fértil— y pequeños oasis donde se hizo posible la sedentarización y el desarrollo de ciudades. Hacia el norte limita con el territorio de la estepa: un área de pueblos nómadas que se añade a los pobladores del desierto. La interacción entre modos de vida tan dispares —vida tribal y nomadismo versus sedentarización— y la influencia central de lo primero sobre lo segundo han marcado el devenir histórico de la región.

El otro factor relevante es consecuencia de lo anterior: Oriente Medio es un “área gris”. Si bien no existe un cuerpo teórico que sustente esta afirmación, proporcionamos algunos criterios operacionales para comprender el significado del concepto. Oriente Medio sería un “área gris” porque los rasgos geográficos antes mencionados han definido que 1) se trate de un territorio de fronteras difusas; 2) haya facilitado la existencia de complicidades y solidaridades religiosas, étnicas y culturales que trascienden (y a veces entran en contradicción con) la pertenencia de una u otra área a las entidades políticas del momento (Estados, imperios), muy cambiantes desde el punto de vista histórico; y 3) las potencias siempre se hayan disputado el área, como ejemplifica en época moderna la tensión entre otomanos y safávidas en el siglo XVI. Estas características como área gris permiten también calificarla de *shatterbelt*, un área de competición y conflicto, de rivalidades internas y fragmentación que son explotados por poderes externos en su propio beneficio (Cohen, 2005: 3).

Partiendo de estas premisas, este artículo explora los cambios en el diseño geopolítico de Oriente Medio en el último siglo, a partir de la determinante influencia ejercida por Francia y el Reino Unido mediante el Acuerdo Sykes-Picot de 1916 y los tratados que siguieron a la Primera Guerra Mundial. La Guerra Fría limitó —no eliminó— la influencia europea, que pasó a ejercerse por Estados Unidos y la Unión Soviética, pero una vez aquella finalizara, la “región”, en principio dominada por Estados Unidos, ha ido acentuando su carácter de “área gris”, en la que se está fraguando un nuevo diseño aún por determinar.

## 2. El diseño geopolítico de Oriente Medio antes de la Primera Guerra Mundial

### 2.1. Rusia y Gran Bretaña en Oriente Medio

La historia reciente de Oriente Medio deriva de la dinámica de relación entre varias potencias europeas y euroasiáticas —Reino Unido, Imperio ruso, Imperio otomano y, en menor medida, Francia— y sus relaciones con Persia. Ello es consecuencia de la rivalidad existente en el siglo XIX entre el Imperio ruso y Gran Bretaña por ampliar sus áreas de influencia en el continente asiático. Esta competición —llamada el “Gran Juego”— se correspondía con la idea de que la adquisición de más poder era resultado directo del ejercicio de la influencia sobre los espacios geográficos para conseguir el dominio por medio de la conquista territorial.

Las acciones de estas dos potencias, y su instrumentalización de un Imperio otomano en declive, tuvieron como objetivo el control de Persia, cuya debilitada dinastía reinante Qajar estuvo influenciada alternativamente por rusos y británicos. Los efectos de esa rivalidad y de las guerras (ruso-persas, anglo-persas y turco-persas) que se desarrollaron en el siglo XIX y principios del XX significaron una serie de pérdidas y reajustes territoriales que delimitaron las fronteras norte, occidental y oriental de Persia en el futuro. Una serie de acuerdos entre el Imperio ruso y Persia —Tratado de Gulistán de 1813, Tratado de Turkmenchay de 1828, Convención de 1881, Acuerdo de 1893— posibilitaron que los territorios de la Transcaucasia (las actuales Azerbaiyán, Georgia y Armenia), el área de la contemporánea república rusa de Daguestán y la zona sudoriental del Cáucaso (sur del actual Turkmenistán) pasaran a ser territorio ruso. Gran Bretaña conseguiría ganar para Afganistán, un país bajo su influencia desde las guerras afganas del siglo XIX, áreas de influencia persa en la zona oriental en 1857 (Herat), 1872 y 1905 en la cuenca del Sistán y del río Helmand (Tratado de París, que pone fin a la guerra anglo-persa de 1856-57; Segundo Arbitraje de Goldsmid y Arbitraje de MacMahon sobre la frontera persa-afgana respectivamente). Por su parte, el Imperio otomano conseguía de Persia algunas áreas en el Juzistán y cerca de Mosul por los Tratados de Erzurum II y Berlín de 1847 y 1878 respectivamente, que ponían fin a las guerras turco-persas por el control del este de Anatolia. Esta disputa por el espacio persa se saldaría definitivamente en los primeros años del siglo, cuando aumentó la influencia británica de manera decisiva, especialmente a partir del golpe de Estado de Reza Pahlavi, apoyado por los británicos (Halliday, 2007).

Paralelamente, la rivalidad en el terreno económico entre Rusia y Reino Unido se saldó con la preeminencia de los británicos. Aunque en 1907 las dos potencias europeas —Rusia y Gran Bretaña— habían acordado un reparto de las zonas de influencia por medio de un Acuerdo (The Anglo-Russian Entente, 1907) que dejaba la zona noroccidental de Irán bajo influencia rusa, ello no fue obstáculo para que en 1909 se firmara el acuerdo para la creación de la Anglo-Persian Oil Company (APOC); realizada sobre la base de la concesión conseguida por William Knox D'Arcy del soberano persa en 1901. Precisamente en el mismo quedaba integrada casi toda Persia a excepción, bajo presión rusa, de las cinco provincias del norte en el Caspio (Azerbaiyán, Gīlān, Māzandarān, Astarābād, y Khorasan).

Poco después, en 1914, el Reino Unido pasó a controlar el 51% de las acciones de la Anglo-Persian Oil Company.

El Reino Unido conseguiría aumentar su poder sobre los recursos estratégicos mediante un acuerdo posterior: tres años después de la creación de la APOC, en 1912, se estableció la Turkish Petroleum Company (TPC) con mayoría de capital británico y presencia de alemanes y holandeses en su accionariado; la participación en el proyecto del Banco Nacional Otomano (británico) llevó a la palestra a uno de sus accionistas, el hombre de negocios Caluste Gulbenkian, uno de los artífices en el logro de una concesión otomana para la nueva compañía con el fin de realizar exploraciones en el territorio del imperio. La APOC sustituyó en 1914 al Banco Nacional Otomano. En 1928, una vez hallado el petróleo, la TPC se transformaba en la Iraq Petroleum Company (IPC), la mayoría de cuyas acciones estaban en manos británicas (Ismael, 1986: 74), si bien también participaron empresas francesas y estadounidenses. El acuerdo para la constitución de la IPC funcionaría de hecho como un monopolio sobre el territorio de Irak (Mañé Estrada, 2016) por parte de las compañías petrolíferas más importantes del momento, más conocidas como “Siete Hermanas”.

En la zona del golfo Pérsico, el Reino Unido se asentó como potencia colonial o protectora en las últimas décadas del siglo XIX para asegurar su ruta hacia la India y, al tiempo, denegar influencia a sus competidores en Europa (Francia o Alemania). Así, se firmaron acuerdos de relaciones de exclusividad en los que se cedía a los británicos el control de los asuntos exteriores con los gobernantes de Baréin en 1880, de los Estados de la Tregua (actualmente Unión de Emiratos Árabes) en 1888, Mascate (Omán) en 1891, Kuwait en 1899, los sauditas de Najd y Hasa en 1915, Catar en 1916 (Onley, 2009). A esta penetración hay que añadir los acuerdos sobre el petróleo del golfo Pérsico, firmados entre el Gobierno de la India (británico) y Kuwait, Catar, Omán, Baréin y los Estados de la Tregua entre 1913 y 1923 y el establecimiento de compañías petrolíferas bajo control británico (Onley, 2009: 14).

Si bien el interés en controlar las rutas comerciales fue en origen la causa principal de la penetración británica en el golfo Pérsico, la importancia futura de los recursos estratégicos del área —el petróleo— ya había motivado, como hemos visto, que el Reino Unido buscara acuerdos para obtener concesiones en Oriente Medio a principios del siglo XX (que le reportarían ventajas en el terreno económico cuando se procediera a reconvertir su flota del carbón al petróleo en los albores de la Primera Guerra Mundial). Cuando finalizó la Primera Guerra Mundial, el Reino Unido era la potencia dominante tanto en el terreno político-militar como en el económico. El Imperio ruso, inmerso en su propia dinámica de guerra civil y de creación de la Unión Soviética, quedaba momentáneamente al margen del juego de intereses en Oriente Medio y veía frenadas sus ansias de acceder libremente a los estrechos turcos y su salida a un mar cálido como es el Mediterráneo, especialmente tras la Convención de Montreaux (*Convention regarding ...*, 1936).

## **2.2.El Acuerdo Sykes-Picot y sus efectos**

A este reparto del territorio en zonas de influencia entre Rusia y Gran Bretaña se vino a superponer lo que tiene mayor reconocimiento como el gran diseño geopolítico de Oriente Medio: se trata del Acuerdo Sykes-Picot de 1916 (Laqueur

and Rubin, 1991), por el que Francia y el Reino Unido se dividieron el Imperio otomano en el transcurso de la Primera Guerra Mundial. El acuerdo respondía a los intereses económicos y geoestratégicos de las potencias europeas que se convertirían en ganadoras de guerra: además de usar el área como parte del frente militar abierto contra los otomanos, ambos países estaban interesados en controlar una zona tan próxima a las rutas de navegación que enlazaban el Mediterráneo oriental y el mar Rojo con sus imperios coloniales en Asia y África.

El Acuerdo Sykes-Picot significó que el área quedaba partida en cinco zonas a partir de una línea que unía Acre, en Palestina, con Kirkuk en Irak (Segura, 2016): una zona al norte, bajo influencia francesa, y otra al sur, bajo influencia británica. En cada una de ellas (denominadas zonas A y B) —o en las dos zonas unidas— se preveía crear un Estado o confederación de Estados árabes que las potencias se comprometían a reconocer y proteger (García Picazo, 2015:64). Además, los europeos se reservaban dos zonas (azul para Francia y roja para Gran Bretaña) para su control directo o indirecto. También se creaba una zona (marrón) bajo administración internacional (Palestina).

El acuerdo sería consagrado y modificado por la Conferencia de San Remo de 1920, creando finalmente tres mandatos: uno francés sobre Siria, dividida en dos “Estados” (un Líbano separado de Siria, independiente en 1943, y la zona de la Siria contemporánea, que no alcanzaría la independencia hasta 1936); y otro británico sobre Palestina. Gran Bretaña tendría además el control de la zona de Mesopotamia, la más rica en petróleo, abriendo la puerta a la creación de los reinos hachemitas de Irak (1932) y Transjordania (1946).

La Conferencia de San Remo también aprobó las bases para el Tratado de Sèvres con Turquía del mismo año, por el que se aboliría el Imperio otomano y se forzaría a la aceptación turca de un nuevo mapa que confinaba al nuevo Estado a la península de Anatolia. Sin embargo, aunque ya se había producido la independencia de Armenia y se preveía la creación de un Kurdistán autónomo en los territorios del antiguo imperio (Treaty of Peace..., 1920), estas dos últimas disposiciones fueron liquidadas en el posterior Tratado de Lausana de 1923, que integró en Turquía territorios armenios, kurdos y áreas que previamente estaban bajo influencia francesa (Treaty of Peace...1923).

Así las cosas, el proceso que se inició con la firma del Acuerdo Sykes-Picot diseñó un nuevo mapa político en la zona, desmembrando el Imperio otomano en nuevos Estados bajo la influencia de los países europeos. Este mapa se volvería a alterar tres décadas más tarde, al inicio de la Guerra Fría, con la creación del Estado de Israel en 1948 en el territorio del mandato británico sobre Palestina, siguiendo lo ya enunciado por el Gobierno británico en la Declaración Balfour de 1917.

### **3. El interregno de la Guerra Fría**

#### **3.1.La rivalidad Estados Unidos-Unión Soviética y su traslación en Oriente Medio**

Tras la Segunda Guerra Mundial, se produjo el declive paulatino del dominio colonial europeo a medida que se afianzaba el orden internacional bipolar, y

emergió Estados Unidos como superpotencia en el escenario regional. En el mundo de la Guerra Fría, la línea de contención militar establecida por los estadounidenses respecto a la frontera meridional de la Unión Soviética iba aparejada de un componente político, que vino a materializarse en el ejercicio de la influencia para prevenir una eventual deriva comunista en países como Turquía e Irán (Truman, 1947; Gaddis, 1982:140). El corolario fue el subsiguiente afianzamiento en el poder de regímenes conservadores, con los que Estados Unidos no compartía ideario ni tradición política, pero que se convertirían en aliados sólidos. En el terreno político, la Doctrina Truman vino a constituir una plasmación de lo que se había desarrollado en la crisis de Irán de 1946. La misma, que permitió al Gobierno de Mohamed Reza Pahlevi recuperar el territorio ocupado por la URSS, fue una manifestación temprana de la política de contención que tomó carta de naturaleza en la Operación Ajax, el complot que derrocó al primer ministro iraní Mossadegh en 1953.

Pero el creciente papel de Estados Unidos en la región tuvo otro componente esencial, alejado de la dinámica de Guerra Fría: su interés en el petróleo. De hecho, la penetración estadounidense ya se había producido con anterioridad a la Segunda Guerra Mundial. La creación de ARAMCO, empresa de petróleos americano-saudita, cuyos orígenes se remontan a los primeros años 30 del siglo XX, posibilitaría que los Estados Unidos se introdujeran más intensivamente en un terreno controlado por el Reino Unido desde el prisma petrolífero. Además, varias de las grandes empresas petrolíferas mundiales eran estadounidenses<sup>2</sup> y, lo que es más importante y constante a lo largo de todo el período de la Guerra Fría, Estados Unidos se autoproclamó como garante de la afluencia de petróleo de calidad para los países del bloque occidental y su modelo de desarrollo económico.

Por su parte, la URSS, como heredera del Imperio zarista, tenía una relación histórica con algunas zonas de Oriente Medio, especialmente Irán; no obstante, esta no sería una relación fructífera durante la Guerra Fría, debido a la incompatibilidad de regímenes políticos y alianzas exteriores. La URSS optaría, a partir de la oleada revolucionaria de los años cincuenta, por establecer relaciones con los regímenes populistas de corte panarabista establecidos en Irak, Siria y, con matices, Egipto. No estábamos ante el caso de una alianza político-militar que agrupara a varios Estados, cuanto ante una relación bilateral de compra-venta de armamento y acceso a bases militares —especialmente en el Mediterráneo oriental— por parte de la URSS dentro de la lógica bipolar de proyección de fuerza militar.

Reino Unido, que había diseñado, junto con Francia, el mapa político de la zona pero cuyos recursos no podía mantener el imperio colonial, se alejó del escenario regional con posterioridad a 1956. La crisis de Suez, operación conjunta entre Gran Bretaña, Francia e Israel contra Egipto para revertir la nacionalización del canal de Suez decidida por Nasser, acabó en una gran derrota política que constituyó el punto de partida para el repliegue del este de Suez, especialmente en el ámbito militar, cuando el Gobierno británico decidió retirar sus fuerzas del Golfo, a excepción de Omán, a partir de 1968 (Onley, 2009: 21).

Este proceso vino acompañado por cambios drásticos, como hemos anunciado, en algunos regímenes políticos de Oriente Medio. De manera paralela a la

<sup>2</sup> De las “Siete Hermanas”, cinco eran estadounidenses: Standard Oil of New Jersey, Standard Oil of California, Standard Oil of New York, Gulf Oil y Texaco. Las dos restantes eran Royal Dutch Schell y la Anglo-Iranian Oil Company, red denominada British Petroleum en 1954.

dinámica político-militar de la Guerra Fría entre las superpotencias, los cambios de régimen en algunos países (Egipto, 1952; Irak, 1958; Siria, 1961-63; Libia, 1969) significaron la reducción de la influencia política europea en la región y establecieron una división en Oriente Medio. Desde el punto de vista regional árabe, una línea separaba las monarquías conservadoras, nacidas en la época del dominio europeo, de los nuevos regímenes republicanos. El único nexo de unión entre todos estos países fue la confrontación con Israel, que sirvió, además, para ocultar o mitigar otras discrepancias sobre el orden regional, aunque algunas de ellas se pusieran de manifiesto, como ilustra la disputa egipcio-saudí en Yemen en los años sesenta. Pero entre mediados de los años cincuenta y mediados de los setenta del siglo XX, la oposición a Israel permitió a Egipto ejercer un papel hegemónico. Se erigió en líder político del mundo árabe, con un discurso panarabista y de no alineamiento, y constituyó el epicentro del bloque árabe en el conflicto árabe israelí por la cuestión de Palestina, primero, y por la devolución de los territorios árabes ocupados por Israel a partir de 1967. No es ajeno a ese liderazgo el hecho de que el conflicto con Israel se desarrollara esencialmente en el terreno militar y que Egipto dispusiera del ejército más numeroso y mejor dotado de la región.

Esta polarización de la región vino acompañada de un aumento de la implicación estadounidense en el terreno político-militar en los asuntos regionales, pues se interpretó lo que sucedía en el interior de los países en clave de Guerra Fría. La aplicación práctica de ello fueron las intervenciones militares estadounidenses en 1958 en Líbano y Jordania, cuyas causas eran de orden interno: el miedo de la monarquía hachemita a un golpe militar similar al de Irak y la reacción del presidente libanés Chamoun a la contestación popular contra su liderazgo; es decir, nada tenían que ver con la lógica bipolar (Stuart and Tow, 1990), pero propiciaron una aplicación de la Doctrina Eisenhower, aprobada un año antes y diseñada para proteger contra agresiones armadas auspiciadas por el comunismo internacional (Eisenhower, 1957) en Oriente Próximo.

Ello no evitó, sin embargo, que los cambios políticos en Oriente Medio tuvieran un impacto negativo en las potencias extrarregionales con intereses en Oriente Medio, especialmente en el terreno militar. Supusieron el fin de los acuerdos militares de Francia en Túnez y de Reino Unido en Egipto (a los que habría que sumar años más tarde a Estados Unidos en Libia). Lo anterior implicaría que en el futuro, Estados Unidos y los países occidentales tendrían dificultades para proyectar fuerza militar en la zona, pues podían realizarlo desde Turquía o desde Europa. Pese a que desde los años cincuenta Oriente Medio constituía una zona de interés vital para Estados Unidos, el descafeinado Pacto de Bagdad suscrito en 1955 por Estados Unidos y Gran Bretaña con Irán, Irak y Pakistán, pero en el que no se había conseguido integrar a Egipto y Jordania, no constituía una alternativa, pues quedó disminuido tras la retirada iraquí en 1959 con posterioridad al derrocamiento de la monarquía hachemita.

La búsqueda de una solución a esa situación de menoscabo de los planes estadounidenses es el origen de la política de los dos pilares (*twin-pillar policy*) de Nixon —Irán y Arabia Saudí— en noviembre de 1970, en la consideración de que ambos países funcionarían como polos capaces de generar realineamientos en el mapa político regional y contribuirían a evitar el vacío de poder que se podía

producir tras el repliegue del Reino Unido. Los británicos habían pasado el testigo a Estados Unidos, tras la decisión de anunciar su retirada del golfo Pérsico en 1968 (culminada en 1971). Y Estados Unidos delegó la seguridad de la misma en Arabia Saudí e Irán, pilares gemelos en el área (National Security Council, 1970). El relativo “vacío” se complementaba con una presencia militar sostenida en un entramado de bases militares en el Índico (especialmente desde la británica base en la isla de Diego García) y Baréin.

Por su parte, la presencia soviética mediante su flota militar en el Mediterráneo y por los acuerdos militares con Egipto en 1955, Siria en 1956 e Irak en 1972 representaba el otro polo bipolar, aunque el diseño estratégico (en sus aspectos políticos, militares y económicos) era de claro dominio estadounidense. Hubo momentos de tensión entre las dos superpotencias, como el que se desarrolló durante la guerra del Yom Kippur en 1973 en apoyo a los aliados de cada parte. Si bien durante las operaciones militares de la guerra quedaron en evidencia los riesgos derivados de las actuaciones de los Estados de la región —Israel y Egipto— que podían llevar a una escalada militar global, la URSS perdió a su aliado árabe más importante después de la guerra. De hecho, ya en 1972, Sadat había expulsado a los asesores soviéticos en su línea de acercamiento a Estados Unidos, y esa política se acentuó como consecuencia de los resultados de la guerra y la búsqueda de una solución política con Israel al margen de sus socios árabes. De esta manera, la Unión Soviética tuvo que dejar en manos de Estados Unidos el papel de árbitro del conflicto árabe-palestino-israelí y el gran diseño regional. A partir de entonces se concentraría en otras áreas más cercanas a Asia Central, como era Afganistán.

De esta forma, los años que transcurren entre 1973 y 1979 hasta la revolución islámica de Irán son los de la Pax Americana, una plena hegemonía estadounidense en Oriente Medio. Contaba con sólidos aliados regionales: Israel, Arabia Saudita e Irán, estos dos últimos, los “dos pilares” de la política estadounidense, a los que hay que sumar un demediado Egipto. Sin embargo, para finales de la década, el diseño estadounidense se tambaleó. De una parte, Egipto, que había actuado como líder político-militar de los países árabes, dejó de ejercer ese papel como consecuencia de su apoyo al plan de paz de Camp David, el Tratado de Paz con Israel y su subsiguiente expulsión de la Liga Árabe en 1978. De otra parte, la sólida alianza con Irán se truncó con la revolución islámica, y ello tuvo consecuencias a varios niveles.

En primer lugar, Estados Unidos perdió a su aliado más sólido sin posible recambio militar, pues Irán disponía de un ejército moderno y bien entrenado, a diferencia del resto de países. En segundo lugar, la región sufrió un proceso de atomización y lucha por la hegemonía regional que se prolongó hasta finales de la década de los 80. El vacío de liderazgo dejado por Egipto no fue ocupado incuestionablemente por ningún país, sino que varios aspiraron a ejercerlo —Siria, Irak y Arabia Saudita o el propio Irán posrevolucionario— sin conseguir alcanzar esa posición. Es en este contexto que se produce la larga guerra civil libanesa y sus ramificaciones regionales —especialmente la confrontación indirecta entre Siria e Israel— y la también larga guerra entre Irán e Irak, con sus importantes posicionamientos regionales e internacionales a favor de uno de los contendientes: Irak. En tercer lugar, la militarización regional, hasta entonces circunscrita en



buena medida a los países en conflicto abierto con Israel, se extendió a Arabia Saudita y otros países de su área de influencia, que temían el posible contagio de la revolución islámica y reaccionaron armándose, sobre todo por razones de seguridad interna, y creando su propio foro de cooperación militar, el Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) en 1980. Arabia Saudita pasó de un gasto militar de 18.834 millones de dólares en 1977 (precios constantes de 2015) a uno de 39.808 millones en 1982, convirtiéndose en uno de los países del mundo que más dinero destinaba a este concepto, solo por detrás de Estados Unidos, Reino Unido y Francia (excluyendo a la URSS y a la República Popular China por falta de disponibilidad de los datos en el período estudiado) (SIPRI).

Mientras se abría paso este cambio geopolítico trascendental para Oriente Medio, se estaba consolidando otro en el orden económico. Al inicio de los años 70, las nacionalizaciones del petróleo en Irak (1972) y Libia (1973) y el Acuerdo del Golfo de 1971 entre varios países de la OPEP (Libia, Irán y Arabia Saudita entre ellos) y las grandes compañías petrolíferas condujeron a un incremento de los ingresos del petróleo para los países productores mayor a un 30% y al subsiguiente aumento de los precios del crudo en los mercados internacionales (Department of State, 1971), que tendrían el efecto mayor a partir de 1973. El impacto en la región sería enorme, pues facilitó, como afirma Luciani (2017:57), que el poder regional, hasta entonces en manos de países con peso demográfico y ejércitos grandes y bien armados, se reorientara hacia los grandes países exportadores de petróleo, pese a su escasa demografía. A partir de ese momento se iniciará el ascenso de Arabia Saudita en el escenario regional, que aspira a ocupar una posición de hegemonía.

### **3.2. La hegemonía de Estados Unidos y la gendarmización de Oriente Medio**

La revolución de Irán trastornó los planes estadounidenses para la región. Se ponía fin a los dos pilares y a una de las alianzas militares que habían contribuido al diseño americano: la Organización del Tratado Central (CENTO), también conocida como Pacto de Bagdad. La pérdida de dos de sus socios, Irán y Pakistán, que se retiraron en marzo de 1979, condenó a la alianza a su disolución, lo que puso fin a la línea de contención de la URSS en Oriente Medio. Todos estos acontecimientos progresivamente conducirían a la implicación militar directa por parte de Estados Unidos en los años posteriores. Ello se demuestra en el desarrollo a partir de 1979 de una Fuerza de Despliegue Rápido, decisión que se puso en marcha en 1977 para ser usada en Oriente Medio y el golfo Pérsico (The White House, 1977) y que constituyó el primer eslabón de una cadena que permitiría poner fin a la Doctrina Nixon e implicarse directa y militarmente en los asuntos regionales.

La Fuerza de Despliegue Rápido servía al propósito de disponer de fuerza militar para actuar directamente en el área, pero su objetivo todavía estaba muy vinculado a la idea de contención, en una época en que la Unión Soviética había invadido Afganistán y Estados Unidos percibía un deterioro estratégico que daba ventajas a los soviéticos. Era la idea del “arco de crisis” de Brzezinski, entonces asesor del presidente Carter para temas de seguridad nacional, que vinculaba Asia y África en la zona clave de Oriente Medio, un área turbulenta donde los soviéticos, en la percepción estadounidense, intentaban ganar influencia

(Brzezinski, 1983). El paso siguiente se daría en 1980, cuando Estados Unidos enunció una nueva estrategia para Oriente Medio, en la que se consideraba el golfo Pérsico como un área de interés vital que Estados Unidos estaba dispuesto a defender con medios militares (Carter, 1980). Para facilitar el diseño y su aplicación práctica, se llevaron a cabo acuerdos bilaterales con Kenia, Somalia, Egipto y Arabia Saudita para el acceso a instalaciones militares, que serían ampliados, ya en la presidencia de Reagan a partir de 1981, a Omán, Yibuti, Kuwait y Unión de los Emiratos Árabes. La Fuerza de Despliegue Rápido se integraría en el USCENTCOM (United States Central Command) a partir de 1983, un mando de nueva creación para operar en el sudoeste asiático en un área que engloba a 20 países: desde Egipto hasta las fronteras de China y de la India, y que integra, por tanto, todo Oriente Medio a excepción de Turquía.

Aunque respondía a la lógica de la Guerra Fría, la nueva doctrina Carter se producía en un contexto marcado por la crisis de los rehenes de Irán y la escalada de la tensión entre Irán e Irak. En el ámbito regional, el posicionamiento de los países árabes favorable a Irak en la guerra con Irán es clave para comprender los acontecimientos posteriores. La creación del Consejo de Cooperación del Golfo en 1980 respondía esencialmente a los intereses de Arabia Saudita y Kuwait, preocupados por una posible inestabilidad interna contagiada por el Irán revolucionario. Esta nueva organización fue rápidamente reorientándose hacia la contención de Irán y la construcción de un bloque árabe. La debilidad de Jordania y de Egipto y su dependencia económica de los países del Golfo provocó su alineamiento con los postulados sauditas, además de para el caso de Egipto su convencimiento de que solo alineándose con una causa suní en contra del chiismo revolucionario podría ir reintegrándose en la comunidad árabe (El-Khazen, 1986: 141). A medida que la guerra amenazaba con extenderse a las inmediaciones del golfo Pérsico en 1982, la colaboración financiera con Irak se incrementó (Heikal, 1992: 178 y ss.) y se le permitió la adquisición de armamento y un mejor entrenamiento de tropas.

La causa contra Irán no ocultaba otras rivalidades que aflorarían en los años posteriores. Irak, que había mantenido relaciones con la Unión Soviética, aspiraba a una posición de poder en el mundo árabe y ya se había acercado a los regímenes conservadores durante la Cumbre de 1978 en Bagdad, donde se expulsó a Egipto de la Liga Árabe. Le guiaba la necesidad de contar con una vía exportadora adicional de petróleo por medio de la conexión con los oleoductos saudíes, dada la situación de tensión en el Golfo, donde Irak concentraba el 50% de su infraestructura exportadora, y el cierre intermitente del oleoducto que cruzaba territorio sirio hacia el Mediterráneo. Diferencias irreconciliables con el partido Baas que gobernaba en Siria hacían imposible que emergiera un eje sirio-iraquí que capitalizara en beneficio propio la oposición a Israel y a los acuerdos de paz con Egipto.

La dinámica de la guerra, que tras la conquista iraní de la península de Fao en marzo de 1986 amenazaba con trasladarse a las cercanías del Golfo, llevaría a aprobar en noviembre del mismo año por parte del Consejo de Cooperación del Golfo —a propuesta de Kuwait— una nueva estrategia que implicaba lograr la cobertura militar de las grandes potencias para la navegación en el Golfo

(Ramazani, 1988). Ello daría lugar a la operación de *reabanderamiento*<sup>3</sup> solicitada por Kuwait a los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, y que finalmente desarrolló solamente Estados Unidos en la primavera de 1987. Las razones que motivaron la decisión estadounidense están relacionadas con el temor a una victoria iraní en la guerra y con la propia situación interna en Estados Unidos, donde la Administración necesitaba recuperar credibilidad y mostrar mano firme con Irán tras el estallido del escándalo Irán-Contra. Estados Unidos ya había desarrollado su relación con Arabia Saudita desde el inicio del mandato de Reagan (Marshall, 1988; The White House, 1983a). Le reiteró su consideración como un socio sólido en el marco de la nueva doctrina estratégica, que ponía el énfasis en la lucha contra el comunismo (The White House, 1983), y tuvo uno de sus máximos exponentes en el apoyo a las guerrillas que luchaban contra los soviéticos en Afganistán.

Posteriormente, Francia y Gran Bretaña iniciarían sus propias operaciones militares en el golfo Pérsico, seguidas después por Italia, Holanda y Bélgica, si bien sobre una base nacional y sin coordinarse entre sí ni con Estados Unidos (Cordesman, 1988: 375 y ss.). Se producía así probablemente la mayor concentración de poderío naval desde la Segunda Guerra Mundial (Sherwood, 1990). La operación estadounidense de *reabanderamiento* condujo finalmente a su implicación directa en la guerra con Irán y contribuiría decisivamente al alto el fuego de agosto de 1988. Ninguno de los países ganó la guerra Irán-Irak, algo que era deseado por los países árabes y por las potencias externas, pues no deseaban que Irán o Irak emergieran como poderes hegemónicos tras una victoria militar.

El panorama regional se complicó como resultado de la guerra. Los países del Golfo, con Arabia Saudita como líder, no deseaban un Irak poderoso, que se había aprestado a fortalecer sus capacidades militares adquiriendo armamento a los soviéticos y a los estadounidenses, si bien se encontraba devastado por la guerra; tampoco lo deseaba Estados Unidos, que endureció su política hacia Irak. Las tensiones empezaron pronto y condujeron a la invasión de Kuwait en 1990. La resistencia de algunos países árabes a permitir a Estados Unidos un ejercicio continuado de gendarmización militar por medio del estacionamiento de fuerzas terrestres en sus territorios fue vencida en 1991 en el transcurso de la primera guerra del Golfo; desde entonces se han mantenido tropas en todos los países de Oriente Medio a excepción de Arabia Saudita, de donde se retiraron en 2003, Yemen y Egipto.

Esta guerra del Golfo volvió a unir al bloque árabe, alrededor de Kuwait y Arabia Saudita y en contra del Irak de Saddam Hussein, pero ello no resolvió los problemas de liderazgo en la región entre un bloque amplio liderado por Arabia Saudita, una alianza débil sirio-libanesa y el continuado conflicto con Israel, que se reactivaría poco después de firmarse los Acuerdos de Paz de Oslo en 1993 tras el asesinato del primer ministro israelí Rabin en 1995.

---

<sup>3</sup> *Reabanderamiento (reflagging)* hace referencia al cambio de bandera o de pabellón de los petroleros (estadounidense en lugar de kuwaití). Si en el transcurso de la guerra en las aguas del Golfo un petrolero kuwaití resultaba atacado, se consideraría como un ataque a Estados Unidos.

## 4. Oriente Medio tras el 11-S y las Primaveras Árabes

### 4.1. De la Guerra Fría a la invasión de Irak

El final de la Guerra Fría cuestionó algunas de las asunciones y de las políticas de Estados Unidos hacia Oriente Medio, pues varió su percepción sobre la Unión Soviética en los años de Gorbachov, especialmente a partir de la retirada soviética de Afganistán en 1988. Así, los planes americanos para establecer un nuevo orden de seguridad en Oriente Medio fueron parte de un cambio en la estrategia de Estados Unidos, que coincidió y se vio acelerado por el final de la Guerra Fría. La nueva estrategia, anunciada en marzo de 1991, coincidiendo con la liberación de Kuwait, ponía el foco en las contingencias regionales y en la presencia militar avanzada para responder a las guerras regionales (The White House, 1991), en lugar de la contención del comunismo que había caracterizado las cuatro décadas precedentes.

Tras la guerra del Golfo, Estados Unidos y Reino Unido centraron su interés en tutelar Irak mediante una continuada acción militar que duraría doce años, hasta la invasión de 2003. Se practicaba así una política de doble contención de Irak y de Irán (Indyk, 1993) sostenida en sólidos aliados: Arabia Saudita, Israel, Turquía y Egipto. No obstante, esta política no estaba exenta de debilidades: por una parte, los países árabes no estaban de acuerdo con la política de castigo a Irak y se manifestaban frustrados por la falta de avances en el proceso de paz de Oriente Medio, el segundo componente importante de la estrategia estadounidense en Oriente Medio. Por otra parte, con respecto a Irán, la política estadounidense quedaba menguada por los intereses energéticos de Francia y Turquía en el país y por la política de Jatamí, presidente iraní desde 1997, que persiguió una mejora de relaciones con los países del Golfo, empezando por Arabia Saudita; de hecho, Irán mejoraría incluso la relación con Estados Unidos en el segundo mandato de Clinton, tras un primer periodo en que seguía la política de su antecesor Bush (Freedman, 1999).

Por su parte, el estado heredero de la URSS, Rusia, marginado de los asuntos regionales, intentó retomar posiciones en el área para mostrar, sobre todo a efectos internos, que todavía era una potencia internacional. Ello sin olvidar que Rusia tenía intereses en Oriente Medio por proximidad geográfica, intereses de seguridad y una larga historia de relaciones con muchos de los países de la región. Para ello, tomó posiciones a favor de Irak y del levantamiento de las sanciones decididas en 1991 y posteriormente ampliadas, aunque a partir de 1998 la política rusa se suavizó debido a sus dificultades económicas, que le impedían oponerse a la política de Estados Unidos de forzar a Irak al cumplimiento de las resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Con respecto a Irán, realizó un acercamiento en principio basado en acuerdos de venta de armamento, si bien posteriormente consiguió el apoyo iraní a los intereses rusos en otros asuntos regionales relacionados con situaciones de conflicto o hidrocarburos (Chechenia, Afganistán, Tayikistán, Azerbaiyán) (Freedman, 1998). Pese a perseguir también un acercamiento con Turquía, las relaciones con ese país resultaron de mayor dificultad, ya que ambos competían en el escenario del Cáucaso por el trazado de los oleoductos.

Aunque Estados Unidos centraba su interés en el proceso de paz y en el binomio Irán/Irak, reorientaría su interés hacia zonas más amplias a partir de 1998,

tras los ataques terroristas contra las embajadas estadounidenses en Tanzania y Kenia reivindicados por Al Qaeda. Aquí se retomó el interés por Afganistán, un país en el que los talibán se habían hecho con el poder en 1996 gracias al apoyo de los servicios de inteligencia de Pakistán y sectores wahabitas de Arabia Saudita (Rashid, 1999), y en donde la red Al Qaeda había encontrado aliados para crear su base principal de operaciones.

Los atentados terroristas del 11-S de 2001 en Estados Unidos vinieron a alterar el diseño regional con consecuencias imprevisibles. Tras los atentados en Nueva York y Washington, la Administración estadounidense se aprestó a realizar dos intervenciones casi paralelas en el tiempo en el marco de una nueva estrategia apenas enunciada, la guerra contra el terrorismo. La invasión de Afganistán se realizó inmediatamente después de los atentados tras realizar peticiones al régimen talibán para que entregara a Osama bin Laden y a los líderes de Al Qaeda (Bush, 2001). El argumento de la posesión de armas de destrucción masiva por parte del régimen de Saddam Hussein ya aparecía antes de la invasión de Irak (The White House, 2002), que finalmente se realizó en marzo de 2003 con la intención declarada de desarmar a Irak (Bush, 2003). En los dos casos, la intervención fue decidida y realizada esencialmente por Estados Unidos y Gran Bretaña. Se trató de dos decisiones de clara naturaleza unilateral y ni siquiera se ampararon en resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Descartadas las razones justificativas de la invasión, pues Irak no disponía de armas de destrucción masiva (CIA, 2004), los motivos estuvieron en buena medida relacionados con viejos intereses: la aspiración a conseguir mayores beneficios para las grandes empresas de petróleo e impedir que la conducta errática de Saddam Hussein en relación con la exportación pudiera desestabilizar la oferta internacional de petróleo (Ahmed, 2014).

#### **4.2. Las Primaveras Árabes y la *sectarianización* de Oriente Medio**

Siete años después, las prioridades tomaron otro rumbo. Cuando llegó a la presidencia de Estados Unidos, Obama pensaba que la invasión de Irak, unida a la guerra de Afganistán, habían sobrestendido las responsabilidades del país y criticaba los excesos cometidos en la lucha contra el terrorismo. En su visión, la política de Estados Unidos en Oriente Medio tenía que basarse en tres objetivos (Lynch, 2015): finalizar la guerra de Irak para reducir la presencia militar estadounidense, hallar una solución al conflicto árabe-israelí y activar el proceso de paz de Oriente Medio y hallar una salida negociada al programa nuclear de Irán. No es ajena a esa visión la reducción de la dependencia estadounidense del petróleo importado, pues se estaba convirtiendo en uno de los primeros productores mundiales de hidrocarburos; en la actualidad ha llegado a superar a Rusia y a Arabia Saudita (EIA, 2017).

Sin embargo, Obama vería frustrada esa política. Israel se negó a congelar los asentamientos, paso imprescindible para lograr avances en el proceso de paz, y las nuevas estructuras políticas de Irak, especialmente el ejército, resultaron demasiado débiles para frenar el avance de Daesh. Fue un éxito —incierto, a tenor de lo expresado por el presidente (Trump, 2017)— el acuerdo nuclear 5 + 1 con Irán, pero ello granjeó recelos en sus otros socios: Israel, Arabia Saudita y los países del Golfo, temerosos de una renovada ambición hegemónica iraní a partir del

levantamiento de las sanciones y la apertura diplomática del país. Con respecto a las Primaveras Árabes, Obama mantuvo una política ambigua, pues se declaraba partidario de la democracia y de las aspiraciones de “autodeterminación” legítimas de los ciudadanos (Obama, 2011), pero no apoyó los levantamientos. Pese a la flexibilidad que mostraba Obama hacia los partidos islamistas moderados, como los Hermanos Musulmanes, el golpe de Estado en Egipto, amparado en las políticas de Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos, la permisividad con que Estados Unidos contempló la intervención saudita en Yemen o la disputa de los países del Golfo con Catar acabaron de malograr la política de Obama en Oriente Medio. Su política de no intervención en la guerra de Siria, al tiempo que ofrecía ayuda a los rebeldes, algo que era rápidamente equilibrado por el régimen de Assad por medio de sus patronos externos, contribuyó al enconamiento del conflicto (Lynch, 2015). Es más, Estados Unidos no estaba dispuesto a asumir los costes derivados de unas guerras subsidiarias o por delegación (*proxy wars*), después de las no-victorias en Irak y Afganistán, para las que no estaba preparado, aunque ello significara el fin de su hegemonía en Oriente Medio (Simon and Stevenson, 2015).

Es en este contexto donde reemergió Rusia. La retirada soviética de Oriente Medio en la época de Gorbachov marcó el declive del estatus de Rusia como superpotencia, pero su presencia en Oriente Medio a partir de 2015 respondía al interés en restaurar su posición como gran potencia fuera del territorio de la antigua URSS. Su estrategia de seguridad ha puesto el énfasis en el fortalecimiento de sus capacidades militares para hacer frente a las contingencias que se puedan presentar en el entorno inmediato. En su traslación al espacio euroasiático, ello significa que Rusia está en contra de provocar cambios de régimen (como en Irak en 2003 o en Libia en 2011) y, al igual que sus socios en el Collective Security Treaty Organization-CSTO (Armenia, Bielorrusia, Kazajistán, Kirguistán y Tayikistán), tiene interés en Oriente Medio por la inestabilidad en la zona y el ascenso de movimientos islamistas radicales que bien pudieran extenderse a Rusia o a su vecindad. Pero además para Rusia la proyección de poder es ahora un objetivo, como lo demuestra la intervención en Siria en 2015 o las operaciones contra la piratería en el golfo de Adén. El empeño ruso en demostrar que es una superpotencia y no un poder regional ha encontrado en Siria un laboratorio de pruebas (Facon, 2017) para establecer su presencia en la región; pero las autoridades rusas también están interesadas en atraer inversiones del Golfo y acordar los precios de la energía coordinando políticas con los productores de Oriente Medio. Por todo ello su política no solo se centra en proteger al régimen amigo de Siria, con quien mantiene relaciones desde los años 50 del siglo XX, sino en mejorar las relaciones con todos para tener capacidad de maniobrar. Tras los desacuerdos con Estados Unidos durante la era Bush Jr., en el periodo Obama las relaciones mejoraron como consecuencia de la decisión de este de no intervenir militar y directamente en Siria y por el objetivo ruso de mantener un diálogo abierto con Estados Unidos para un acuerdo sobre Siria, en el entendimiento de que Rusia no quiere suplantar el papel de los estadounidenses. Las relaciones con Irán —su aliada en Siria— y con Irak se han desarrollado, y se han retomado acuerdos con Egipto —rotos en 1972— desde la llegada al poder de Al-Sisi, especialmente para la venta de armas pagadas con dinero saudita (Trenin, 2016). Incluso han evolucionado en positivo las relaciones con Arabia Saudita y los países del Golfo,

tensas durante la Guerra Fría y empeoradas por el tema de Afganistán, pues hay intereses compartidos, como el deseo de estabilizar al alza el precio del petróleo y realizar contratos de compraventa de armamento, como el firmado en enero de 2017 (Wintour, 2017). Cabe señalar que los países MENA representan el 36% de las exportaciones rusas de material de defensa, solo por detrás de Asia (Trenin, 2016). No obstante, las relaciones con Turquía, que nunca fueron fluidas pero mejoraron tras el fin de la Guerra Fría, empeoraron tras el derribo de un avión de combate ruso sobre la frontera turco-siria en noviembre de 2015, y constituyen el punto débil de la estrategia rusa en Oriente Medio.

En el contexto regional, la contestación por el liderazgo no se desarrolla solamente entre Arabia Saudita e Irán. También Turquía pugna por erigirse como ejemplo de país con un Gobierno islamista moderado y con éxito económico. Su interés se centra tanto en ganar influencia política, cuanto en acceder a los mercados árabes y en presentarse como tercera vía entre la teocracia iraní y el autoritarismo que caracteriza a los regímenes rentistas como Arabia Saudita. En la actualidad, es lo que puede calificarse como “neotomanismo” (Ennis y Momani, 2013), y hace que Turquía se haya apartado de la línea kemalista de alianza con los militares que caracterizó su política exterior desde principios del siglo XX, que contemplaba el mundo árabe con un cierto desdén y se centraba en su relación con Europa, Estados Unidos y la OTAN. Apartada de Europa, Turquía hoy en día tiene un alto valor económico por su posición geográfica entre el este y el oeste, ya que controla la distribución de hidrocarburos hacia Europa por los oleoductos centro-asiáticos; se considera custodio de los lugares santos del islam, y ha promocionado su liderazgo regional en el G20 y la Organización de Cooperación Islámica. Por ello, ha ocupado en parte el vacío de poder que se generó tras las Primaveras Árabes, y por lo general se ha posicionado a favor de las mismas. Por el contrario, Arabia Saudita fundamenta su política exterior en la supervivencia del régimen, razón que le llevó a definir una política de contención de las rebeliones árabes —y de Catar— y a mantener la competición con Irán por lo que respecta a la hegemonía regional. En definitiva, a partir de la existencia de la fractura entre chiismo y sunismo, Irán es el país hegemónico en el mundo de la Shia, con buenas relaciones con Siria e Irak, con los grupos afines en Líbano y con buenas conexiones con minorías chiíes en otros países. Sin embargo, no hay tanto liderazgo en el campo sunita, donde conviven tres grupos en competición: los regímenes tradicionales conservadores a cuya cabeza se encuentra Arabia Saudita, que proclama su legitimidad musulmana, pero que son contestados desde otros dos sectores; los islamistas moderados de los Hermanos Musulmanes, Turquía y Catar; y los extremistas, cuya manifestación contemporánea es el Daesh (Luciani, 2017: 67).

## 5. Conclusiones

De las páginas anteriores se pueden extraer algunas conclusiones relevantes sobre cómo puede ser el nuevo orden geopolítico de Oriente Medio, que desgranaremos en base a los criterios operacionales que definíamos cuando la calificábamos como “área gris”. En primer lugar, la rivalidad entre las potencias internacionales —especialmente Rusia, Reino Unido y Estados Unidos, pero también Francia— y la

persecución de sus intereses en Oriente Medio son las bases en que se asientan muchos de los problemas actuales de esta región. Si bien algunos acuerdos, como el de Sykes-Picot, diseñaron el mapa político contemporáneo, la Guerra Fría polarizó el área durante la segunda mitad del siglo XX, un periodo en el que progresivamente Estados Unidos se involucró en los asuntos regionales hasta gendarmizar la zona política y militarmente. La segurización de los asuntos internacionales tras los atentados del 11-S, que en algunos casos ocultaba otros intereses, llevó a ese país a las fracasadas intervenciones militares en Irak y Afganistán y al posterior repliegue estratégico en la era Obama y primeros meses del mandato de Trump. Sin *hegemon* en el área, los intereses cruzados de todos los países, con una Rusia que ha reemergido en la escena regional, les han llevado a inmiscuirse en las guerras de Siria e Irak sin objetivos claros salvo el de participar en el rediseño del orden regional tras el fin de la Pax Americana.

Tras las frustradas Primaveras Árabes, el embrollo regional también ha sido instrumentalizado por algunos actores de la zona; potencias regionales que compiten por la hegemonía regional como Irán y Arabia Saudita (y sus aliados), o países que reemergen geopolíticamente en la región, como Turquía, en búsqueda de un espacio propio. De cómo se resuelva la pugna entre Irán, Turquía y Arabia Saudita dependerá el futuro de la región, un horizonte incierto que recuerda al del siglo XIX, sin orden geopolítico por lo que respecta al dominio extrarregional de Oriente Medio.

En segundo lugar, la existencia de complicidades y solidaridades religiosas, étnicas y culturales que trascienden las fronteras estatales es un fenómeno transnacional que dispone de recorrido histórico. De todas ellas el islam es la más relevante, pues es en su concepción una ideología universalista. El rechazo a la occidentalización del salafismo, una de sus corrientes principales desarrollada a finales del siglo XIX, fue y es la característica más importante; pero no lo es menos que la emergencia de una ideología panislámica también se fraguó por el rechazo a la propia naturaleza autoritaria de los regímenes (Mishra, 2014: Cap. 2). En su derivación moderna, ello ha auspiciado la emergencia del extremismo islámico en forma de actores armados no estatales que operan transnacionalmente y que se caracterizan por denostar lo que entienden por occidentalización. Este fenómeno, que se ha afrontado básicamente por medios militares y coercitivos, podría constituir uno de los elementos del (des)orden geopolítico de Oriente Medio y de su exportación a nivel internacional.

En tercer lugar, con respecto a las fronteras difusas y complementando lo anterior, el intervencionismo exterior aceleró la *sectarianización* de muchas sociedades de Oriente Medio pues, a diferencia del periodo de la Guerra Fría cuando el discurso panarabista amarraba las políticas regionales, los actuales Estados en crisis o directamente fallidos y los emergentes movimientos y actores transnacionales, que operan en territorios donde las fronteras siempre han sido permeables, explotan las divisiones identitarias. Desde este prisma, la intrusión de Estados Unidos en el panorama regional con la invasión de Irak y la destrucción del Estado animó el sectarismo, y lo institucionalizó (Hinnenbush, 2016:72).

De esta forma, se está gestando un nuevo mapa geopolítico que seguramente transformará la región en las próximas décadas. Se ha enfatizado su carácter como área gris, en el sentido de extrema complejidad de sus reglas de funcionamiento y



de sus límites difusos. Un área de sombra y de fractura, de evolución incierta, en donde las rivalidades internas y la fragmentación son explotadas por las potencias regionales y por poderes externos en persecución de sus intereses geopolíticos. A ello pueden contribuir adicionalmente los cambios que han ocurrido en el terreno del petróleo: el principal recurso de la región. Oriente Medio ya no es una región dominada por las Siete Hermanas, pues se han reconfigurado la industria y las empresas, varios países han desnacionalizado el recurso, Rusia y Arabia Saudita hegemonizan el orden petrolero y Oriente Medio ya no tiene como principal comprador a los países occidentales, sino a los países asiáticos (Sánchez Mateos, Mañé, De la Cámara, Huci, 2013). Ello quizás apunta a un nuevo orden geopolítico que aleja Oriente Medio de Europa y lo sitúa en su contexto asiático, en un mapa en el que las regiones artificiales se diluyen (Kaplan, 2011: 13), tal como fue antes de la llegada de los europeos, y en el que otros países —India, China— pueden ser decisivos.

## 6. Bibliografía

- Ahmed, Nafeez (2014): "Iraq invasion was about oil", *The Guardian*, 20 March. Disponible en:  
<https://www.theguardian.com/environment/earth-insight/2014/mar/20/iraq-war-oil-resources-energy-peak-scarcity-economy> [Consulta: 4 de septiembre de 2017]
- Brzezinski, Zbigniew (1983): *Power and Principle. Memoirs of the National Security Adviser, 1977-1981*, New York: Farrar, Straus & Giroux.
- Bush, George W. (2001): *Address Before a Joint Session of the Congress on the United States Response to the Terrorist Attacks of September 11*, September 20. Disponible en:  
<http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=64731>  
[Consulta: 13 de septiembre de 2017]
- Bush, George W. (2003): *Address to the Nation on Iraq*, March 19. Disponible en:  
<http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=63368>  
[Consulta 14 de septiembre de 2017]
- Carter, Jimmy (1980): *The State of the Union Address Delivered Before a Joint Session of the Congress*, January 23. Disponible en:  
<http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=33079>  
[Consulta 9 de septiembre de 2017]
- CIA (Central Intelligence Agency) (2004): *Comprehensive Report of the Special Advisor to the DCI on Iraq's WMD*, 30 September. Disponible en:  
[https://www.cia.gov/library/reports/general-reports-1/iraq\\_wmd\\_2004/](https://www.cia.gov/library/reports/general-reports-1/iraq_wmd_2004/)  
[Consulta: 14 de septiembre de 2017]
- Cohen, Saul B. (2005): "The Eurasian Convergence Zone: Gateway or Shatterbelt?", *Eurasian Geography and Economics*, 46, No. 1, pp. 1-22.
- Cordesman, Anthony H. (1988): *The Gulf and the West. Strategic Relations and Military Realities*. Boulder-Londres: Westview Press-Mansell Publishing Limited.
- Department of State (1971): *OPEC Oil: Persian Gulf Anchored, Mediterranean Next*, February 18. Disponible en:  
<https://2001-2009.state.gov/documents/organization/70626.pdf>  
[Consulta: 11 de septiembre de 2017]

- EIA (Energy Information Administration) (2017): *United States remains the world's top producer of petroleum and natural gas hydrocarbons*, June 7. Disponible en: <https://www.eia.gov/todayinenergy/detail.php?id=31532> [Consulta: 1 de septiembre de 2017]
- Eisenhower, Dwight D. (1957): *Special Message to the Congress on the Situation in the Middle East*, January 5. Disponible en: <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=11007> [Consulta: 4 agosto de 2017]
- El-Khazen, Farid (1986): "The Middle East in strategic retreat", *Foreign Policy*, nº 64, 140-160.
- Ennis, Crystal A. and Momami, Bessma (2013): "Shaping the Middle East in the Midst of Arab Uprisings: Turkish and Saudi foreign policy strategies", *Third World Quarterly*, Vol. 34, No 6, pp. 1127-1144.
- Facon, Isabelle (2017): *Russia's national security strategy and military doctrine and their implications for the EU*, Directorate-General for External Policies, Policy Department, European Parliament. EP/EXPO/B/SEDE/FWC/2013-08/Lot6/11 January 2017 - PE 578.016. Disponible en: [http://www.europarl.europa.eu/RegData/etudes/IDAN/2017/578016/EXPO\\_IDA\(2017\)578016\\_EN.pdf](http://www.europarl.europa.eu/RegData/etudes/IDAN/2017/578016/EXPO_IDA(2017)578016_EN.pdf) [Consulta 30 de Agosto de 2017]
- Freedman, Robert O. (1999): "U.S. Policy Toward the Middle East In Clinton's Second Term", *Middle East Review of International Affairs* Vol. 3, No. 1, March, pp. 55-79. Disponible en: <http://www.rubincenter.org/meria/1999/03/freedman.pdf> [Consulta: 23 de julio de 2017]
- Freedman, Robert O. (1998): "Russia's Middle East Ambitions", *Middle East Quarterly*, September, pp. 31-40. Disponible en: <http://www.meforum.org/405/russias-middle-east-ambitions> [Consulta 5 de agosto de 2017]
- Gaddis, John Lewis (1982): *Strategies of containment*. Oxford: Oxford University Press.
- García Picazo, Paloma (2015): "La configuración regional de Oriente Próximo tras la Primera Guerra Mundial", *Revista UNISCI*, Nº 37, enero. Disponible en: <https://www.ucm.es/data/cont/media/www/pag-72478/UNISCIDP37-3GARCIA.pdf> [Consulta: 3 de septiembre de 2017]
- Gause, Gregory, III, F. (2014): "Beyond Sectarianism: The New Middle East Cold War", *Brookings Doha Center Analysis Paper*, 2, July. Disponible en: <http://www.belfercenter.org/sites/default/files/legacy/files/English%20PDF.pdf>, [Consulta: 1 de septiembre de 2017]
- Halliday, F. (2007): "Contexto sociopolítico: la política interna iraní y los efectos en su política exterior", en *Irán: potencia emergente en Oriente Medio. Implicaciones en la estabilidad del Mediterráneo*, Cuadernos de Estrategia, 137, Madrid, Ministerio de Defensa.
- Heikal, Mohamed (1992): *Illusions of Triumph. An Arab view of the Gulf War*, London: Harper & Collins.
- Hinnenbush, Rayond (2016): "The sectarianization of the Middle East", en "Transnational Diffusion and Cooperation in the Middle East", *POMEPS Studies*, 21, pp. 71-75, April. Disponible en: [http://pomeps.org/wp-content/uploads/2016/09/POMEPS\\_Studies\\_21\\_Transnational\\_Web-REV.pdf](http://pomeps.org/wp-content/uploads/2016/09/POMEPS_Studies_21_Transnational_Web-REV.pdf) [Consulta: 21 de julio de 2017]

- Indyk, Martin (1993): *The Clinton Administration's Approach to the Middle East*. Disponible en:  
<http://www.washingtoninstitute.org/policy-analysis/view/the-clinton-administrations-approach-to-the-middle-east> [Consulta: 22 de julio de 2017]
- Ismael, Tareq Y. (1986): *International Relations of the Contemporary Middle East. A study in World Politics*, Syracuse, Syracuse University Press.
- Kaplan, Robert D. (2011): *Monsoon. The Indian Ocean and the future of American power*, New York, Random House.
- Laqueur, Walter, and Rubin, Barry (Eds) (1991): *The Israel-Arab Reader. A documentary history of the Middle East conflict*, New York, Penguin Books.
- Luciani, Giacomo (2017): "The Political Economy of change in MENA", in Jones, Clive (Ed.): "The Politics of Change in the Middle East", *Durham Middle East Papers* 78. Disponible en:  
<http://dro.dur.ac.uk/21627/1/21627.pdf?DDD35> [Consulta 30 de julio de 2017]
- Lynch, Marc (2015): "Obama and the Middle East", *Foreign Affairs*, 93, September-October, pp. 18-27.
- Marshall, Jonathan (1988): "Saudi Arabia and the Reagan Doctrine", *Middle East Report*, 155, November-December. Disponible en:  
<http://www.merip.org/mer/mer155/saudi-arabia-reagan-doctrine> [Consulta 1 de agosto de 2017]
- Mishra, Pankaj (2014): *De las ruinas de los imperios. La rebelión contra Occidente y la metamorfosis de Asia*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- National Security Council (1970): *National Security Decision Memorandum 92*, November 7. Disponible en:  
[https://www.nixonlibrary.gov/virtuallibrary/documents/nsdm/nsdm\\_092.pdf](https://www.nixonlibrary.gov/virtuallibrary/documents/nsdm/nsdm_092.pdf) [Consulta: 1 de septiembre de 2017]
- Obama, Barack (2011): *Remarks by the President on the Middle East and North Africa*, May 19. Disponible en:  
<https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/2011/05/19/remarks-president-middle-east-and-north-africa> [Consulta: 3 de septiembre de 2017]
- Onley, James (2009): "Britain and the Gulf Shaikhdoms, 1820–1971: The Politics of Protection", *Occasional Papers*, 4, pp. 1-44. Center for International and Regional Studies, Georgetown University in Qatar. Disponible en:  
<https://repository.library.georgetown.edu/bitstream/handle/10822/558294/CIRSOccasionalPaper4JamesOnley2009.pdf> [Consulta: 7 de septiembre de 2017]
- Özalp, Osman Nuri (2011): "Where is the Middle East? The Definition and Classification Problem of the Middle East as a Regional Subsystem in International Relations", *Turkish Journal of Politics*, Vol. 2 No. 2 Winter, pp. 5-21. Disponible en:  
<http://www.tau.edu.tr/img/files/A1.pdf> [Consulta: 4 de Agosto de 2017]
- Ramazani, R.K. (1988): "The Iran-Iraq war and the Persian Gulf crisis", *Current History*, Vol. 87, n° 526, febrero, pp. 61-88.
- Rashid, Ahmed (1999): "The Taliban: Exporting extremism", *Foreign Affairs*, 6, November-December, pp. 22-35.
- Salloukh, Bassel F. (2013): "The Arab Uprisings and the Geopolitics of the Middle East", *The International Spectator*, 48, 2, pp. 32-46.  
<http://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/03932729.2013.787830?needAccess=true>

- Sánchez Mateos, Elvira; Mañé Estrada, Aurèlia; De la Cámara, Carmen; Huici Sáncho, Laura (2013): *La transición geográfica de Asia Central en el nuevo contexto geopolítico*, ICIP Working Papers 7.
- Segura, Antoni (2016): “Del Acuerdo Sykes-Picot al Estado Islámico”, *Política Exterior*, 171, mayo-junio. Disponible en:  
<http://www.politicaexterior.com/articulos/politica-exterior/del-acuerdo-sykes-picot-al-estado-islamico/> [Consulta: 3 de agosto de 2017]
- Sherwood, Elizabeth D. (1990): *Allies in crisis: meeting global challenges to Western security*, New Haven, Yale University Press.
- SIPRI (Stockholm Peace Research Institute): *SIPRI Military Expenditure Database*. Disponible en:  
<https://sipri.org/databases/milex> [Consulta: 8 de septiembre de 2017]
- The White House (1977): *Presidential Directive 18*, 26 August. Disponible en:  
<https://www.hsdl.org/?abstract&did=458946> [Consulta: 3 de septiembre de 2017]
- The White House (1983): *National Security Decision Directive 75*, January 17. Disponible en:  
<https://reaganlibrary.archives.gov/archives/reference/Scanned%20NSDD/NSDD75.pdf> [Consulta 3 de agosto de 2017]
- The White House (1983a): *National Security Decision Directive 99*, July 12. Disponible en:  
<https://reaganlibrary.archives.gov/archives/reference/Scanned%20NSDD/NSDD99.pdf> [Consulta 3 de agosto de 2017]
- The White House (1991): *National Security Strategy of the United States*, August. Disponible en:  
<http://nssarchive.us/NSSR/1991.pdf> [Consulta 25 de julio 2017]
- The White House (2002): *National Security Strategy of the United States*, September. Disponible en:  
<https://www.state.gov/documents/organization/63562.pdf> [Consulta 14 de septiembre de 2017]
- Trenin, Dimitri (2016): *Russia in the Middle East: Moscow's objectives, priorities and policy drivers*, Carnegie Endowment for International Peace. Disponible en:  
[http://carnegieendowment.org/files/03-25-16\\_Trenin\\_Middle\\_East\\_Moscow\\_clean.pdf](http://carnegieendowment.org/files/03-25-16_Trenin_Middle_East_Moscow_clean.pdf) [Consulta: 20 de septiembre de 2017]
- Truman, Harry S (1947): *Truman Doctrine. President Harry S. Truman's Address before a Joint Session of Congress*, March 12, 1947. Disponible en:  
[http://avalon.law.yale.edu/20th\\_century/trudoc.asp](http://avalon.law.yale.edu/20th_century/trudoc.asp) [Consulta: 15 de julio de 2018]
- Trump, Donald (2017): *Remarks by President Trump on Iran Strategy*, October 13. Disponible en:  
<https://www.whitehouse.gov/the-press-office/2017/10/13/remarks-president-trump-iran-strategy> [Consulta: 14 de octubre de 2017]
- Wintour, Patrick (2017): “Saudi king's visit to Russia heralds shift in global power structures”, *The Guardian*, 5 de octubre. Disponible en:  
<https://www.theguardian.com/world/2017/oct/05/saudi-russia-visit-putin-oil-middle-east> [Consulta: 6 de octubre de 2017]